

“genio inconstante y ligero, moriréis en estas deplorables alternativas, y vuestras lágrimas en la hora de la muerte serán de la misma especie que las de vuestra vida: esto es, vuestro arrepentimiento será pasajero y superficial; vuestros suspiros nacerán de un corazón tierno y sensible, pero no de un corazón penitente: en una palabra, moriréis en vuestro pecado: *In peccato vestro moriemini*. En aquel pecado en que habéis vivido encenagados tanto tiempo; en aquel pecado que es más propio vuestro que los demás, porque domina en vuestras costumbres y en vuestro temperamento, en aquel pecado que os es como natural, y del que no habéis conseguido enmendaros en toda vuestra vida: *in peccato vestro moriemini*. Acab muere impío, Jesabél deshonesto, Saúl vengativo, los hijos de Helí sacrilegos, Absalón rebelde, Balthazar afeminado y Heródes incestuoso. Toda la Escritura está llena de semejantes ejemplos, todos los profetas publican estas amenazas: Jesucristo se explica hoy de un modo capaz de hacer temblar á los más insensibles; la experiencia es terrible en este asunto; y vosotros mismos estáis diciendo que “la muerte es conforme la vida.”

SEGUNDA PARTE.

La verdad que se propone Massillon desenvolver en la segunda parte, es todavía más alarmante: *la penitencia en la hora de la muerte casi siempre es inútil*. Dios ha puesto límites á su paciencia; y así como ha señalado tiempo para acordarse del pecador, le tiene igualmente fijo para olvidarse de él. ¿Cuál es la consecuencia inmediata de esta verdad? Que siendo toda la vida presente un tiempo de propiciación y de salud, si en alguna parte hemos de buscar este segundo tiempo en que Dios abandona al pecador, será precisamente, cuando éste se halle combatido por los últimos dolores: porque de otra manera; ¿dónde estaría aquella justicia que insulta las lágrimas del impío que está para morir?

Para conseguir la penitencia en la hora de la muerte, se necesita el concurso no solo de la gracia común, por decirlo

así, no solo de la gracia eficaz que produce la mudanza del hombre, sino lo que es más todavía, el de aquella gracia que consume la santificación de una alma, la gracia de la perseverancia final. ¿No es pues el mayor de todos los delirios abandonarnos tranquilamente á las pasiones y al pecado, creyendo que á la hora de la muerte habrémos de adquirir esta gracia que consume la santificación del hombre? A nadie debe Dios esta gracia. Muchos viven largo tiempo dóciles á las inspiraciones de una conciencia recta, y suelen morir sin tenerla, tan solo porque se deslizan despues de una larga y justa peregrinación. Ella debe mirarse como un presente inestimable, como una margarita preciosa que reserva Dios á sus escogidos, para hacerles ver al fin de su carrera, que no son perdurables las persecuciones del mundo.

No sería extraño que Dios concediese tan singular favor á uno de aquellos hombres extraordinarios que, durante el curso de su vida, no habian visto resplandecer á sus ojos la luz de la fe; que habian existido sin Dios, sin esperanza y sin consuelos: no sería extraño que una vuelta rápida sobre el pasado tiempo, la presencia repentina de Dios y un golpe violento é imprevisto de su gracia determinasen una conversión verdadera y una muerte santa; pero que la espere aquel hombre para quien han sido inútiles, durante la vida, el apoyo de la religion y el socorro de los sacramentos, que semejante á un pródigo ha desperdiciado tanta riqueza y abusado de tantos dones, y á quien ha estimulado siempre á los vicios la vana confianza de que al fin morirá con la muerte de los justos; es el colmo de la más loca temeridad.

Cierto es que un instante de verdadera penitencia basta para la salvación del hombre; pero cuando se dice que Dios despreciará la del pecador moribundo, se quiere dar á entender que esta penitencia será inútil, porque es falsa. Mas bien es hija de la necesidad á que se ve reducido el hombre, que natural efecto de un arrepentimiento sincero, como lo justifica la experiencia de aquellos que, habiéndose mostrado muy contritos en una enfermedad grave y peligrosa, parece que no consiguieron el restablecimiento de su salud, sino para abandonarse con mayor ímpetu á los desórdenes favoritos de su conducta. El dolor que manifiesta es hijo de un temor puramente natural: sus lágrimas son lágrimas de Esaú y de Antioco, lágrimas estériles y reprobadas. Por esto el pecador levantará entonces sus ojos al cielo, y el justo Dios se reirá de sus clamores: llorará, y Dios insultará sus lágrimas. Inútil será entonces que, despues de haber buscado para confesores á eclesiásticos condescendientes,

llame algun hombre de Dios el mas ilustrado por sus talentos y el mas venerable por sus virtudes. En vano le exhortará este ministro á que ponga toda su confianza en Dios, y minorará á su vista el horror de sus delitos para que no caiga en la desesperacion; el mismo ministro le hablará temblando, porque sabe que el Señor tiene su peso y su medida, y que el hombre nada puede rebajar de ella.¹

Despues de haber hecho una reseña de las pruebas de la segunda parte, para manifestar en este conjunto la lógica admirable y la fuerza de conviccion con que siempre se distinguen los discursos de este orador, es conveniente descender á los ejemplos singulares que mejor contribuyen para enriquecer el talento y formar el buen gusto de la juventud. Es grave empeño el de buscar lo mejor donde todo resplandece igualmente. Casi no hai un pasaje en este discurso, donde no falte absolutamente el objeto de la censura literaria, y donde el mas buen uso que pueda hacerse de la crítica, no sea el de elogiar cumplidamente lo que ha llegado al último punto de regularidad. Por otra parte, cualquiera de los trozos que pueden elegirse, necesita ser visto en relacion con lo demas á fin de apreciarle en su perfeccion: porque los movimientos oratorios sacan toda su fuerza de la preparacion que sabe darles el talento; y esta preparacion desaparece en su totalidad cuando se considera un trozo aisladamente. Sin embargo, tienen cada uno en sí mismo tantos caracteres de belleza, y son tan á propósito para confirmar las mejores reglas, que no los omitiríamos, sin faltar á nuestro propósito.

El medio mas adecuado para conseguir el triunfo sobre las pasiones es acaso levantar barreras por todas partes, á fin de obstruirles los caminos diferentes que ellas multiplican diestramente para evitar el ataque directo de la moral evangélica. La lei de Dios tiene caracteres tan visibles, que se franquean por lo comun á la inteligencia mas limitada; y el pecado produce tan terribles efectos en el alma, que muy pocas veces el remordimiento deja de sobreponerse por su intensidad á los gozes reprobados. Todos conocen su posicion moral, y muy raro es aquel á quien se escapa la idea de la suerte que se le espera. Si el orador pues, se limita á la explanation de los preceptos y á una aplicacion genérica de la moral á las costumbres, dificilmente multiplicará las conquistas de la elocuencia cristiana. Es necesario que saque

¹ Lo mas de este extracto de las pruebas de esta segunda parte, se ha tomado del análisis respectivo, entre los que vienen al fin de cada tomo de los Sermones de Massillon.

á su auditorio de la senda comun que le es bastante familiar, de aquellos puntos en los cuales se sitúa, para resistir á las fuertes insinuaciones de la verdad; es necesario que destruya, por explicarnos así, todos los atrinchamientos de las pasiones, que no proponga una verdad general sin estar prevenido ya para rebatir todas las excusas que suelen oponerle aquellas; es preciso finalmente que circunscriba de tal modo los caracteres morales, que cada uno de los que le escuchan, mire en ellos su propia imagen. De este modo la cuestion toma un carácter muy personal, y la elocuencia puede contar con mayor número de triunfos.

Este era el secreto de Massillon: habla, y todos le escuchamos; combate, y todos nos estremecemos; hiere, y cada uno se cree exclusivamente herido. Se diria que al predicar poseía el don milagroso de las lenguas; pues por notable que sea la uniformidad en el idioma de un pueblo, dificilmente se encuentran en todo él dos corazones que tengan una misma fisonomía. A fin de producir tan maravillosos efectos, ¡con qué facilidad abandona Massillon el ataque directo, para tomar otro diferente; la acusacion colectiva, para descender á la singular; el sistema de prueba, para seguir el de refutacion! Ha desenvuelto ya las pruebas que consisten en el término y medida que Dios pone á su gracia; ha repasado con su auditorio las sentencias mas formidables de la Escritura Santa; pero no olvidándose de que en todas estas amenazas generales cada uno se consuela con los otros, y todos á su vez quieren ser excluidos; lo anuncia terminantemente, para disipar esta miserable y peligrosa ilusion.

“A unas verdades tan terribles oponéis sin duda aquella secreta y falsa esperanza de que estas amenazas generales no os comprenderán en particular: pero os pregunto, ¿cuáles son los pecadores á quienes se amenaza en los libros santos, con que serán abandonados de Dios en la hora de la muerte! ¿No son los que se parecen á vosotros? ¿Qué mérito halláis que os pueda honrar de que entonces Dios haya de usar con vosotros de particulares atenciones? ¿Acaso vuestra vida pasada? bastante favor sería el que Dios quisiera olvidarse de ella. ¿Acaso los deseos de conversion que habéis estado formando continuamente! esos mismos deseos acabarán de haceros inexcusables. ¿Acaso aquella buena disposicion de vuestro natural que casi os precisaba á amar la virtud? esa era una gracia de que entonces Dios os ha de pedir cuenta. ¿Acaso la esperanza que tuvisteis en su misericordia para la última hora! ya habéis oido que este será el mayor de

“ todos vuestros delitos. Lo que yo hallo de particular en
 “ vosotros, es que seréis mas indignos de la misericordia
 “ del Señor que ningun otro pecador, y que el justo Dios
 “ tendrá contra vosotros algunas razones mas para negaros
 “ lo que esperábais, que contra la mayor parte de las almas
 “ impenitentes. ¡Pues en qué os podéis fiar todavía, cató-
 “ licos! Sin duda en la bondad de Dios, que no quiere la
 “ muerte del pecador. ¡En su bondad! ¡Pensáis acaso
 “ que su bondad consiste en una insensibilidad que no sien-
 “ te el ser ofendido con los mayores ultrajes! ¡En su bon-
 “ dad! Por lo mismo que es bueno, abandonará al peca-
 “ dor en la hora de la muerte: su bondad no le permite en-
 “ tónces conceder unas gracias que servirian de escollos á
 “ los demas hombres; su bondad no quiere poner lazos á la
 “ falsa confianza de los pecadores, abriendo sus entrañas en
 “ aquellos últimos instantes á los gritos de una alma infiel:
 “ tambien es bondad en Dios el quitar á nuestras pasiones
 “ los pretextos de error y de impenitencia, y no hacer que
 “ la salvacion de uno sirva de perdicion para muchos: de
 “ este modo contáis con la bondad de Dios, y su misma
 “ bondad es la que pide vuestro castigo, y la que debe ha-
 “ cernos temer en todo.”

Entre todas las figuras con que un buen orador levanta su estilo hasta un punto en que la elocuencia subyuga y arrastra mas, ninguna ciertamente produce mejores efectos que la interrogacion bien manejada. Acaso nunca increparon los antiguos con mayor eficacia y vehemencia al culpable, que cuando Ciceron se dirigió á Catilina con un exordio *exabrupto*, ó cuando le dice que si tendrá valor para resistir á la autoridad de la patria, menospreciar sus dictámenes y rebelarse contra su fuerza; ó mas bien, cuando pregunta á Tuberon, para desarmar á César: ¡qué hacia su espada desnuda en los campos de Farsalia!¹ Sin embargo, Massillon

1 “Quid enim, Tubero, dstrictus ille tuus in acie Pharsálica gladius agebat? ¿quid ille tuus latens in tuo petebat? ¿quid sensus erat armorum tuorum? ¿que tua mens? oculi? manus? ardor animi? quid cupiebas? quid optabas?” Todo esto, como observa Rollin, (trat. de est. tom. 2.º) se reduce á decir que el mismo Tuberon se encontró en Farsalia y combatió contra César. ¡Pero qué fuerza no dan al pensamiento tantas y tan vivas figuras reunidas en tan pequeño número de incisos, y esta sucesion rápida de sinónimos graduados por su empleo en la expresion! ¡Con qué maestría, con cuánto vigor no pinta el orador delante de César al acusador de Ligario buscando á César entre la multitud confundida, á sus ojos registrando con avidez todas las filas para encontrarle, y á su espada pronta á

ha llevado la destreza en este punto hasta un grado muy prodigioso. Incalculable es el número de movimientos que produce en el alma, con solo variar el giro de una interrogacion urgente. Semejante á un poeta trágico, demuestra y ataca fuertemente; acusa y responde, afirma y prueba, empleando las fórmulas de la duda; conmueve é instruye, ilustra y confunde, y lleva la antorcha espantosa de la verdad hasta el fondo de una alma desengañada, á la cual no quedan ya ni errores, ni ilusiones, ni palabras, ni otro lenguaje que el de las lágrimas.

Con todo, no es este el punto en que Massillon se detiene, porque aun le quedan nuevas dudas que resolver, ó nuevos desengaños que producir. Parece que cuanto ha dicho tiende á destruir una verdad de fe, y es que la penitencia verdadera siempre es eficaz, y nunca desatendida en el asilo supremo de la misericordia. A esto responde con una claridad extraordinaria, en que sin padecer nada el principio, queda mas firme la proposicion de que *la penitencia en el lecho de la muerte casi siempre es inútil*.

“Confieso, católicos, que cuando considero esta terrible verdad, y veo por una parte al pecador en la hora de la muerte buscando á su Dios y levantando sus manos en accion de suplicar, y por otra al Dios de las venganzas apartarse de él y cerrar los oídos á los gritos de su dolor y á todas las señales de su penitencia, confieso, vuelvo á decir, que me parece el Señor un Dios justo y terrible que no necesita del hombre; pongo á mi vista la severidad de sus juicios, y me siento sobrecogido de un secreto horror; pero por mas formidable que entónces parezca en su modo de proceder, es justo, y no puede portarse de otro modo con el pecador.”

“No quiero decir que un solo instante de verdadera penitencia no pueda borrar los delitos de toda la vida; pero Dios entónces desprecia la penitencia del pecador que está para morir, porque es falsa. Es falsa primeramente, porque no es libre; más es efecto de la fatal necesidad á que se ve reducido, que de la gracia y de un verdadero

sumergirse en su seno! Este apóstrofe, dice Le Clerc, el mas vivo y elocuente que ha salido de Ciceron, ha sido justamente admirado siempre por los maestros del arte. Si hemos de dar crédito á Plutarco (vida de Ciceron) su efecto fué decisivo. César se estremeció á la idea del peligro de que habia escapado. Las tablas en que estaba escrita la sentencia de Ligario cayeron de sus manos, y desde entónces quedó seguro ya el triunfo de la causa. (V. L. C. orac. de Lig.)

"arrepentimiento; porque, decidme, amados oyentes míos,
 "si despues de haber llegado hasta el último exceso en
 "vuestra rebelion contra vuestro Dios, y despues que el úl-
 "timo día de vuestra salud ha sido el último de vuestras
 "culpas, rendís las armas y pedís misericordia, cuando os
 "véis ya perdidos, y cuando el Dios de las venganzas tiene
 "levantada ya la espada sobre vosotros; si alzáis los ojos
 "al cielo, hácia donde nunca habíais mirado, cuando em-
 "pieza á faltaros la tierra; si detestáis los infames deleites,
 "cuando vuestro cadáver se deshace, y cuando ya no perci-
 "bís cosa alguna con tanta vehemencia como su fetor; si
 "derramáis vuestras riquezas sobre los pobres, cuando des-
 "fallecidas vuestras manos se caen por sí mismas y no las
 "pueden mantener; si á tiempo de morir dais las mas tier-
 "nas instrucciones á vuestros hijos y criados, cuando ya no
 "los podéis escandalizar con vuestro mal ejemplo; en una
 "palabra, si os arrepentís cuando ya no se os permite que
 "prosigáis siendo pecadores, la ocasion en que derramáis
 "vuestras lágrimas, ¿no basta por sí sola para hacerlas sos-
 "pechosas? ¿No es cierto tambien que entónces Dios juz-
 "ga con equidad despreciando vuestra penitencia? Si pro-
 "longase aún vuestros días, ¿no proseguiríais tambien vo-
 "sotros en vuestros delitos? Si os fueran á asegurar de su
 "parte que la enfermedad no habia de concluir en la muer-
 "te, tomaríais tantas medidas para hacérosle propicio? Cuan-
 "do no estaban tan declarados vuestros males, y teníais aún
 "alguna esperanza de vida, ¿permitisteis el que se llamase
 "al ministro de Jesucristo? ¿Hubo siquiera quien se atre-
 "viese á proponerlo? ¿Pues qué dábais á entender con eso,
 "si no que os apartábais del pecado con tanto pesar como
 "de la vida, y que no queríais exponeros, por decirlo así, á
 "volveros á Dios sin estar ántes bien asegurados de que ya
 "no podíais servir para el mundo?"

Vuelve aquí el orador á estrechar á su auditorio con esas
 preguntas enfáticas que conmueven profundamente la con-
 ciencia; pero no queremos hablar de ellas sino con relacion al
 modo de prepararlas. Esta es la piedra de toque en todas
 las composiciones oratorias, y muy particularmente en los
 sermones morales, en que todo lo hace lo patético. Si exa-
 minamos detenidamente lo que pasa fuera de nosotros á
 tiempo que sentimos algunas fuertes afecciones, verémos
 que ellas dependen absolutamente de la preparacion. Un
 trueno imprevisto deja una impresion muy diversa de la que
 produce aquel que no estalla sino cuando toda la naturaleza
 nos ha sumergido en ese terror que inspira un cielo cubierto

de nubes, el relámpago hiriendo instantánea y reiteradamen-
 te nuestros ojos, y la tempestad en toda su fuerza. A la luz
 de estos principios tan obvios examinemos el trozo que aca-
 ba de leerse, para ver en qué consisten principalmente los
 admirables efectos de las interrogaciones que vienen á ce-
 rrarle. Todo lo que precede, se reduce á decir que nada
 tiene de particular el rendirse á Dios cuando la vida nos
 abandona; pero nótese el maravilloso resultado de este pen-
 samiento en todo su desarrollo. El orador aquí sustituye lo
 individual á lo genérico, y esto le facilita el producir un
 completo desengaño, y excitar un fuerte y eficaz movimien-
 to en el corazon. Todos saben que la amplificacion orato-
 ria es el gran medio de propagar exacta y abundantemente
 las ideas; y cuantos han leído las oraciones de Ciceron co-
 nocen el grado en que poseía este gran maestro tan precioso
 talento. No parece sino que nosotros hubiéramos hecho lo
 mismo en igual caso, y sin embargo, apénas hai cosa mas
 difícil. La amplificacion oratoria consiste, no en esa repeti-
 cion lánguida de unas mismas ideas con diversidad de giros
 en el lenguaje, tampoco en esas enumeraciones prolizas en
 que toma poca ó ninguna parte el sentimiento; sino en el
 desenvolvimiento de un objeto que ántes no presentaba sino
 la confusa impresion del conjunto. ¿Qué es un amplificador
 inepto? Un hombre que se ocupa friamente en poner á una
 estatua cuantos vestidos puede haber á la mano, sin exten-
 der un ápice la esfera de su objeto. ¿Qué es el verdadero
 orador cuando amplifica? Un escrupuloso y fiel observador
 de las cosas, un filósofo que despues de haber analizado
 profundamente los caracteres morales, se complace en se-
 guir al objeto en todos sus lineamientos, examina todos sus
 resortes, calcula lo que es, lo que ha sido, lo que será; y nos
 descubre dentro de nosotros mismos lo que no habíamos po-
 dido conocer; en una palabra, es el genio en movimiento, ó
 es el talento en accion. Cuando Massillon desenvuelve y
 propaga con tanta superioridad las ideas, nos sorprende á
 cada paso, sin salir de nuestro corazon; y así es como los
 movimientos con que termina el pasaje, y señaladamente el
 último, son en extremo eficaces y positivamente sublimes.

Veamos, para concluir, otro muy singularmente notable
 por el primor con que en él se maneja ese diálogo oratorio
 tan adecuado para confundir la conciencia mas obstinada,
 como para mantener en igual grado de viveza la atencion de
 los oyentes. Ha expuesto ya Massillon el segundo carácter
 de falsedad que distingue á la penitencia de un pecador en
 el lecho de la muerte, haciendo ver que las demostraciones

que hace, son mas bien efecto de un temor puramente natural, que resultado de un arrepentimiento sincero. Ha amplificado magníficamente este juicio, para convertirse luego á Dios por un apóstrofe muy patético, en que ya le habla él por sí mismo como el mas delincuente de todos, aumentando así prodigiosamente el interes de tan valiente figura; y despues de tan bella preparacion, vuelve á su auditorio para presentar un drama el mas animado, en que hablan solos el moribundo y su Divino Juez.

“Y así, amados oyentes míos, dice, entónces levantaréis la voz al cielo desde el abismo de vuestros males, y el justo Dios se reirá de vuestros clamores: *ego quoque in ritu vestro ridebo*. Lloraréis, é insultará vuestras lágrimas desde lo alto de su justicia; *subsano*: os heriréis el pecho, y no se ablandará vuestro corazon; le prometeréis mas fidelidad si dilata vuestra vida, y se burlará de vuestras promesas, porque verá en la corrupcion de vuestro corazon que si dilatará vuestros dias no haria mas que dilatar vuestros delitos; exhortaréis á los que asisten á vuestra muerte á que se aprovechen de vuestro ejemplo, y á que sirvan á Dios mientras tienen salud; y el Señor os responderá en lo interior: *¡porqué tú has de referir mis justicias!* Le diréis: no entréis en juicio, Señor, con vuestro siervo; y os responderá *que ya estáis juzgados*. Le diréis, ¡oh Dios mio, lleno de bondad! Vos, Señor, solamente venisteis á salvar á los pecadores; y os responderá: *no hai salvacion para el impio*. Le diréis, ¡oh Salvador de los hombres! yo pongo mi confianza solo en vuestra infinita misericordia; y os responderá, *que la esperanza del pecador perecerá con él*. Le diréis, ¡oh Pastor Divino de nuestras almas! Vos nunca despreciáis á las ovejas descarriadas que vuelven á buscaros; y os responderá, *que hai tiempo de perdonar y tiempo de castigar*. Le diréis, ¡oh Jesus! yo pongo mi alma en vuestras manos; y os responderá que no la tiene ya por suya, y que no la recibe sino para hacerla eterna víctima de su justicia; y vuestros infructuosos gemidos é inútiles súplicas servirán de espectáculo agradable á su furor y á su venganza. *Consolabor, et vindicabor*.”

¡Qué cosa puede presentarse ni mas vivamente pintada que esta escena, ni de un interes mas animado que este diálogo terrible! Que se bosqueje un pasaje trágico que cause una commocion mas viva, y no será fácil encontrarle. ¡Qué espantoso contraste no forman aquí los tardíos clamores de una alma sobrecogida de horror, y la severa indife-

rencia del Dios de justicia! Pero lo que hai de mas grave aquí, es que no toma en esto ninguna parte la imaginacion, y todo el movimiento se debe á la verdad. Estas respuestas tremendas de Dios no son interpretaciones oratorias para dar mayor cuerpo á lo patético del discurso, sino sus mismas palabras tomadas de la Santa Escritura; son las sentencias mas formidables para el que ha sido iluminado por la revelacion. Esta risa de Dios en medio de los mas profundos clamores del alma; estas lágrimas inútiles que atraen la burla del Juez á quien se dirigen; ese reproche tremendo lanzado fuertemente contra las hipócritas exhortaciones del moribundo; esta esperanza del pecador que perecerá con él, y estos gemidos infructuosos que solo sirven de espectáculo agradable al furor y á la venganza del Altísimo, ejercen tan mágico poder en la imaginacion y en el entendimiento, y subyugan de tal modo toda la alma, que para resistir al terror sublime de que nos penetra todo el pasaje, seria preciso cerrar los ojos á los rayos purísimos de la fe.

A esta escena sucede otra mas lastimosa, mas desesperada, aunque ménos violenta. El moribundo siente la amargura de su alma y el tormento de su situacion; empieza á adquirir un convencimiento práctico de que ha de morir; el sepulcro se abre ya delante de sus ojos; ríndese bajo el peso incalculable de sus crímenes; quiere verlos con distincion, y todos se le confunden; intenta recorrerlos, y no puede ni aun penetrar en medio de su asombroso conjunto. Un esfuerzo para repararlo todo. No: la empresa es imposible. . . . ; Ensayá una mudanza en su corazon. . . . ! pero sus antiguas ilusiones se animan, sus afectos depravados renacen, las pasiones descubren su airado rostro, y parecen imponerle silencio. ; Qué agitacion! ; qué lucha! ; qué espectáculo. ! Entre tanto, el mal se agrava, los dolores urgen, el tiempo se estrecha, y el viento de las alas de la muerte empieza á circular al rededor del lecho. Entónces el moribundo, semejante á Saul en la crisis mas deplorable, hace salir á otro Samuel del sepulcro, “y le dice como aquel desgraciado rei: “Me hallo entre mortales penas: *Coarctor nimis*.¹ Os he enviado llamar para que me digáis lo que debo hacer en la extremidad en que me encuentro:” *rovavi ergo te, ut ostenderes mihí quid faciam?*² “¡Pero cuál seria entónces la respuesta del hombre de Dios, si le fuera permitido el responder lo que la religion le obli-

1 Rég. 25, v 15.

2 Rég. 25, v 15.

“ga á pensar! “; Porqué inquietáis el sosiego de mi sepulcro, le diría, como Samuel á Saul, y me obligáis á salir de mi retiro para venir á este lugar! *¿Quare inquietasti mihi, ut suscitarer?*¹ Ya no es tiempo de recurrir al Señor: ¿de qué sirve el consultarme, cuando ya os ha abandonado! *¿Quid interrogas me, cum Dominus recesserit à te?*² Moriréis, y la justicia de Dios cumplirá en vos lo que tantas veces os habíamos anunciado de su parte.” *Faciet enim tibi Dominus sicut locutus est in manu mea.*³

“Esto es lo que entónces piensa el ministro del Señor: os exhorta á que no desesperéis; pero no porque él forme mucha esperanza: os habla de las misericordias del Señor; pero adora interiormente los terribles decretos de su justicia para con vosotros: os pone delante al Divino Salvador espirando en la Cruz; pero no se atreve á decirnos que aquella Cruz no es para vosotros trono de gloria, sino un tribunal severo desde donde ha de pronunciarse vuestra sentencia: os disminuye con santos artificios de caridad el horror de vuestras culpas, para que no desesperéis; pero sabe muy bien que el Señor tiene su peso y medida, y que no está en mano del hombre el alterarlos. Os repetirá muchas veces, para aseguraros contra una vida llena de desórdenes, que la gracia no necesita mas que un momento para salvar al pecador, y que un solo movimiento de verdadero dolor equivale á muchos años de virtud, y puede consumar la santificación; pero no ignora que este movimiento es uno de aquellos prodigios singulares de la gracia, con los cuales es cosa terrible tener que contar para la salvacion; y que el comun y casi infalible efecto de una vida pecadora es la muerte en el pecado.”

1 Ibid.

2 V 16.

3 V 17.

EPILOGO.

Para concluir esta serie de verdades, el orador llama de nuevo la atencion de sus oyentes hácia la terrible sentencia que le sirve de texto: *queretis me et in peccato vestro morimini*. Hace una reflexion muy triste; supone que tengan tiempo para volverse á Dios, que cuenten al fin de su vida con una razon expedita, que le busquen efectivamente y le ofrezcan lágrimas de dolor y de arrepentimiento; y sin embargo, añade: “¿qué es lo que Jesucristo os permite esperar de vuestras diligencias y lágrimas, si las dilatáis hasta entónces?” *Me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado.*

Aquí es donde repasa ligera pero enérgicamente el orador sus mas notables reflexiones, para trasmitir á sus oyentes el sentimiento profundo de una duda que sucede á los clamores últimos del culpable que, ya desesperado de la vida y agitado de inexplicables temores, intenta ablandar á su Juez. No trasladaremos aquí á la letra esta peroracion; porque aunque muy buena en sí misma, no puede reputarse superior á la parte confirmativa, ni es tampoco una de las que mas sorprenden en los discursos de este insigne orador. Limitándonos pues á lo expuesto acerca de los trozos particulares que se han ido leyendo, concluirémos esta ligerísima reseña con algunas observaciones generales respecto de todo el *Sermon de la Impenitencia Final*.

Si la elocuencia consiste en apoderarse fuertemente del corazon, despues de haber rendido al entendimiento, ningun discurso reúne mayores títulos, para llamarse elocuente, que el de la Impenitencia final. Dificil sobre manera parece dar una demostracion tan evidente de esta verdad tan terrible, pues que lo imposible é inútil de la penitencia en el lecho de la muerte está fundado aquí en un género de pruebas que no podria nunca desvirtuar toda la sutileza de los filósofos. El orador aplica un texto de la Santa Escritura, pero despues de haber convencido la razon con argumentos puramente naturales que con tal abundancia le suministran el orden metafísico, el orden físico y el orden moral. Es